

EL SUICIDIO EN LA NOVELA NORTEAMERICANA: DE LA ILUSTRACIÓN AL ROMANTICISMO

Jesús LERATE DE CASTRO
(Universidad de Sevilla)

Aceptado: 10-X-2006.

jlerate@us.es

RESUMEN: *A diferencia de lo que ocurrió en Europa, la representación literaria del suicidio no encontró fácil acomodo en la novela norteamericana entre 1775-1850, pues numerosos y complejos factores de toda índole frenaron su respuesta. El propósito de este artículo es explorar, a través de una panorámica cronológica, la percepción del suicidio en Estados Unidos hasta la primera mitad del siglo XIX, incidiendo en algunos de estos condicionantes. Dentro de este contexto tan inhibitor para la plasmación artística del suicidio, también se analizan aquí tres novelas tan distintas en tono e intención como *The Power of Sympathy* (1789), *Wieland* (1798) y *Moby Dick* (1851) en las que excepcionalmente sus protagonistas se suicidan o, si se prefiere, son «asesinados» por la pluma de sus creadores. Palabras clave: Suicidio, novela norteamericana, calvinismo, Ilustración, Romanticismo, *The Power of Sympathy*, *Wieland*, *Moby Dick*.*

ABSTRACT: *Unlike in Europe, there are very few literary suicides in the American novel between 1775-1850 since various and complex factors of all sorts prevented their representation. The aim of this paper is to explore, through a chronological outlook, the perception of suicide in the United States until the first half of the nineteenth century, highlighting some of those determining causes. Within this inhibiting context for the artistic recreation of suicide, three different novels in tone and intent such as *The Power of Sympathy* (1789), *Wieland* (1798) and *Moby Dick* (1851) are also analyzed here as their protagonists commit suicide or rather are «murdered» by the pen of their authors. Keywords: Suicide, American novel, Calvinism, Enlightenment, Romanticism, *The Power of Sympathy*, *Wieland*, *Moby Dick*.*

Durante el último tercio del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX el suicidio ocupa un lugar destacado en la literatura europea. Werther, Jacopo Ortis, don Álvaro y Emma Bovary son —por citar sólo algunos ejemplos— prueba de ello. Sin embargo, en la novela norteamericana producida en este mismo periodo escasean los suicidas.

Este hecho, a nuestro entender, resulta muy significativo, pues revela que la representación literaria del suicidio se vio frenada, en buena medida, por la influencia inhibitoria de toda una serie de factores históricos, religiosos, político-jurídicos y sociales que pueden considerarse propios y exclusivos de la cultura estadounidense.¹ El propósito de las páginas que siguen es presentar una breve panorámica cronológica de la percepción del suicidio en Norteamérica hasta la primera mitad del siglo XIX, incidiendo en algunos de los condicionantes que, de un modo u otro, obstaculizaron la respuesta literaria frente al suicidio. Partiendo de este marco referencial, es también nuestra intención examinar tres novelas —*The Power of Sympathy* (1789), *Wieland* (1798) y *Moby Dick* (1851)— en las que excepcionalmente sus autores reservan este trágico final a sus protagonistas o bien dejan entreabierto la posibilidad de que sus muertes sean elegidas.

Estados Unidos nace oficialmente como país en 1783, año en que las trece colonias angloamericanas logran su independencia de Gran Bretaña tras la firma del Tratado de París. Sin embargo, muchos de los valores culturales que irán definiendo a esta nueva nación, incluyendo la concepción del suicidio, se forjan en el periodo colonial. Conviene, pues, a efectos de contextualización, presentar someramente la actitud respecto a la *mors voluntaria* de los primeros puritanos que llegan a las costas de Nueva Inglaterra a comienzos del siglo XVII.

Los puritanos —término que designa a todos aquellos protestantes ingleses que deseaban «purificar» la Iglesia anglicana de su «corrupta» influencia católica— emigran a América por dos motivos principales. El primero, escapar de la persecución religiosa que sufrían en su país, sobre todo, a raíz de que William Laud —su principal adversario— es nombrado obispo de Londres (1628) y, poco después, arzobispo de Canterbury (1633) por el rey Carlos I. El segundo motivo, aunque no por ello menos importante, es también de naturaleza religiosa y consistía en el establecimiento en tierras vírgenes de una «comunidad bíblica basada en sus creencias puritanas bajo una forma de gobierno eclesiástico y estatal que satisficiera sus aspiraciones y sirviera como modelo para quienes dejaban tras de sí» (Jones 15). Con esta doble motivación, entre 1620 y 1630, se estima que 20.000 puritanos cruzaron el Atlántico y se establecieron en las frías costas de Massachusetts. De este modo, empieza la historia de Norteamérica y también la propia historiografía del suicidio en este país, ya que los puritanos fueron los primeros «norteamericanos» preocupados por el suicidio, su etiología y su repercusión individual y social.

¹ En este sentido sorprende la parca, por no decir nula, atención que estudios clásicos como los de Émile Durkheim (*El suicidio*), AJ Alvarez (*El dios salvaje*), George Minois (*History of Suicide: Voluntary Death in Western Culture*) o Rumón Andrés (*Historia del suicidio en Occidente*) le prestan a la historia sociocultural del suicidio en Estados Unidos.

La estricta ideología calvinista de los puritanos, que se instalan primero en Plymouth (1620) y, más tarde, en la colonia de la bahía de Massachusetts (1629), será determinante para la conceptualización moral y legal del suicidio a lo largo del siglo XVII. Para los puritanos, el suicidio² era pecado, pues entendían el quinto mandamiento («No matarás») también aplicable al individuo que renuncia voluntariamente a la vida. Esta idea, compartida ciertamente por católicos y adeptos a otras confesiones protestantes, se sustentaba además en los argumentos teológicos de san Agustín (*La ciudad de Dios*) y, sobre todo, de santo Tomás de Aquino (*Suma Teológica*), quien concebía el suicidio como una ofensa a Dios y a la naturaleza, al tiempo que una afrenta al amor que el individuo debía profesarse a sí mismo, al estado y a la sociedad (Minois 71). Sin embargo, aunque los Padres de la Iglesia no establecían en sus escritos una conexión directa entre Satán y el suicidio, Calvino sí lo hace en su *Supplementa Calviniana* (1562), argumentando que los suicidas están «poseídos por el diablo».³ Consecuentemente, el puritanismo satanizará el suicidio al considerarlo «evidence of individual submission to Satan and therefore of a conscious and purposeful rejection of salvation» (Kushner 17). Así, el reverendo Increase Mather declara en *A Call to the Tempted. A Sermon on the Horrid Crime of Self-Murder* (1682) que «Self-murder is the worst kind of Murder», pues el hombre «cannot disgrace himself more than by committing such a sin» y, añade que «Satan has a most peculiar Hand in the perpetration of the crime» (citado por Kushner 15). El sistema judicial puritano, extensión secular de los fundamentos teológicos calvinistas, también castigaba con toda severidad tan pecaminoso y demoníaco delito. En esta línea, el famoso juez Samuel Sewall —que formó parte del tribunal que juzgó y sentenció a muerte a las brujas de Salem en 1692— se significó por aplicar las máximas sanciones a todos los protagonistas de suicidios frustrados, indios y esclavos negros incluidos. No obstante, según la ley de Massachusetts, «both intention and motive had to be demonstrated» (Kushner 14) para que este acto se considerara *felo de se* (es decir, autoasesinato o suicidio).

En *The Anatomy of Melancholy* (1621) Robert Burton ya describía la melancolía —lo que hoy llamaríamos estado depresivo— como una manifestación de un desequilibrio humoral o «enfermedad» psicósomática que produce desesperación y puede conducir al suicidio. De hecho, esta parece ser la etiología de los primeros suicidios en las colonias de Jamestown⁴ (Virginia) y Plymouth⁵ (Massachusetts). Sin embargo, los

² Nos permitimos la licencia de emplear el término «suicidio» a pesar de que este neologismo (del latín *sui*, de sí mismo, y *cadere*, matar) es tardío y no se introduce en el léxico inglés (como «suicide») hasta mediados del siglo XVII para reemplazar la idea de muerte voluntaria (*mors voluntaria*) y de homicidio de sí mismo (*felo de se*). Según AJ Alvarez, la voz «suicide» aparece por primera vez en el tratado *Religio Medici* de Thomas Browne, publicado en 1642, pero escrito en torno a 1635 (Alvarez 66).

³ Jeffrey R. Watt estudia esta cuestión en su artículo «Calvin on Suicide» (1997), pp. 463-476.

⁴ De los 6.000 colonos que llegaron a Jamestown entre 1607 y 1625, sólo 1.200 lograron sobrevivir.

puritanos rechazaban la interpretación secular de Burton. Y es que para la mentalidad puritana, el intento de suicidio inducido por la melancolía, la demencia (*non compos mentis*) o cualquier otra razón, era igualmente condenable y, cuando éste llegaba a materializarse, la práctica común era negarle cristiana sepultura al suicida.⁶ No obstante, a diferencia de lo que ocurría en la Inglaterra de la época, los puritanos de la colonia de la bahía de Massachusetts —con una actitud sorprendentemente moderna para la época— no confiscaban los bienes de la víctima. Como puntualiza Howard I. Kushner:

there never was forfeiture of goods in Massachusetts because its Puritan leaders, consistent with their belief that suicide resulted from individual free choice, concluded that families of suicides should not be punished for others' having succumbed to Satan's temptations. This view was codified in *The Body of Liberties* (1641), which specifically protected a person's property not only from the unlawful acts of others but also from his own unlawful acts (Kushner 210).

Hay razones para pensar que en Massachusetts el suicidio, aunque tabú, no era infrecuente a finales del siglo XVII, pues se mencionan bastantes casos en los diarios coloniales (como el de Samuel Sewall) y se conservan numerosos sermones que advierten contra los satánicos impulsos suicidas.⁷ Sin embargo, en otros textos literarios puritanos (como la poesía o la autobiografía espiritual) rara vez se aborda este tema⁸ y, cuando se plantea, es únicamente con el fin de subrayar el papel fundamental que desempeña Dios en momentos en que la desesperación se adueña del individuo y el suicidio se contempla como opción. Esta idea se pone de manifiesto en *The Sovereignty and Goodness of God* (1682), narración autobiográfica en la que Mary Rowlandson

Tradicionalmente, los historiadores que han investigado el alto índice de mortalidad en esta colonia fundada por John Smith en 1607 han atribuido la mayoría de estas muertes a enfermedades derivadas de la hambruna. Sin embargo, estudios más recientes han demostrado que los habitantes de Jamestown disponían de suficientes recursos agroalimentarios que, incomprensiblemente, se negaban a explotar. Según Karen O. Kupperman, la causa principal de esta apatía y desgana vital está íntimamente relacionada con la dieta, basada casi exclusivamente en el maíz indio. El consumo masivo de maíz, explica esta historiadora, a menudo provoca la pelagra y uno de los síntomas de esta enfermedad es la depresión y las tendencias suicidas (Kupperman 32).⁹ En esta colonia, enclave en el que se establecen los Padres Peregrinos, el primer suicidio parece haber sido el de Dorothy May Bradford, esposa del líder puritano William Bradford, quien supuestamente se arrojó al mar desde la cubierta del *Mayflower* el 7 de diciembre de 1620 «after gazing for six weeks at the barren sand dunes of Cape Cod» (Morison xxiv). Morison hace esta conjetura en el prólogo a su edición de *Of Plymouth Plantation, 1620-164*, a pesar de que el autor de la obra, el propio Bradford, no menciona este trágico suceso en su famosa crónica histórica.

⁶ Hasta no hace mucho, la Iglesia católica también privaba a los suicidas de sepultura eclesiástica y de honras fúnebres. Esta disposición fue derogada el 25 de enero de 1983 con la entrada en vigor del actual *Código de Derecho Canónico* promulgado por el Papa Juan Pablo II. No obstante, los Cánones 1.041 y 1.044 de dicho Código prohíben que los que hayan intentado suicidarse puedan recibir o ejercer órdenes.

⁷ Para una relación de sermones puritanos que previenen contra el suicidio, véase Kushner, p. 208, nota 37.

⁸ Al contrario de lo que ocurre en la literatura puritana, el suicidio es un tema recurrente en la literatura isabelina. Tan sólo en las obras de Shakespeare se pueden contabilizar cincuenta y dos casos de suicidios (Minois 107) que suelen presentarse de forma neutral y a veces positiva, despertando en el lector sentimientos de piedad, compasión o admiración por la víctima.

relata sus experiencias durante los tres meses que vive cautiva de los indios algonquinos. Muchas son las penalidades que sufre Rowlandson y de las que da cumplida cuenta en su relato, pero el único suceso que le hace considerar el suicidio es la muerte de su hija Sarah que, con tan sólo seis años de edad, expira en su regazo a los nueve días de cautiverio. Rowlandson recuerda de forma retrospectiva este doloroso momento con las siguientes palabras: «I have thought since of the wonderful goodness of God to be, in preserving me in the use of my reason and senses, in that distressed time, that I did not use wicked and violent means to end my own miserable life» (Salisbury 75). Como ilustra este pasaje, la autora de la primera narración de cautiverio angloamericana supera sus impulsos suicidas gracias a la «bondadosa» intercesión divina, que le hace recobrar la sensatez y vivir con abnegación cristiana su desgracia. La actitud que manifiesta Rowlandson en nada difiere de la que propone Calvino en *Supplementa Calviniana* cuando declara que «one gives better evidence of obedience to God through long suffering than through dying a dozen deaths» (citado por Watt 471). En esencia, ésta será la mentalidad que prevalecerá en Massachusetts y las demás colonias hasta finales del siglo XVII.

A lo largo del siglo XVIII, el empuje de la colonización, la prosperidad material y la difusión de las ideas ilustradas hacen que la tolerancia religiosa vaya ganando terreno en las trece colonias establecidas en la costa atlántica. Como consecuencia, el debate sobre el suicidio también se va secularizando y liberando de su nomenclatura religiosa. Así, aunque todavía en 1805 el pastor presbiteriano Samuel Miller de Nueva York condena el suicidio con la misma vehemencia que sus antecesores puritanos en *The Guilt, Folly and Sources of Suicide*, ya no asocia este acto con Satán sino con «the most sordid and unworthy selfishness» (citado por Kushner 31). En el terreno político-jurídico también se tiende a despenalizar la muerte voluntaria. En la colonia de Pensilvania, gobernada por William Penn, la cláusula octava de los *Pennsylvania Charter of Privileges* (1701) establece que «If any person, through temptation or melancholy, shall destroy himself, his estate, real and personal, shall notwithstanding, descend to his wife and children, or relations, as if he had died a natural death». Siguiendo este ejemplo, en 1779, Thomas Jefferson propone ante el Legislativo de Virginia la derogación de la ley que, hasta entonces y en esta jurisdicción, castigaba el suicidio con la confiscación de bienes:

El suicida perjudica en menor medida al Estado que aquel que lo abandona cargado con sus posesiones. Si creemos que este último no debe ser castigado, entonces tampoco lo debe ser el primero. No debemos temer su imitación. Los hombres están demasiado apegados a la vida para arrebatarla a sí mismos y, en cualquier caso, el castigo de la confiscación no podrá evitarlo [...] Que los hombres, en general, también desapruaban este castigo es evidente, dadas las continuas sentencias judiciales que consideran al suicida un demente; y ello ocurre así porque no tienen otro modo de eludir la

confiscación. Acabemos, pues, con ella (citado por Szasz 255-56).⁹

En la segunda mitad del siglo XVIII, pensadores ilustrados europeos como Beccaria, Montesquieu, Holbach, Madame de Staël o Hume ya habían planteado el suicidio como una opción personal, legítima y racional. Este aperturismo también caló en la Norteamérica post-revolucionaria, como se desprende de las palabras de Jefferson en la cita anterior, pero en menor medida que en Europa. En este sentido, interesa recordar que por entonces las colonias se hallan en plena Guerra Revolucionaria (1775-83) y la principal preocupación de Jefferson y de los Padres Fundadores es justificar su rebelión ante los despóticos abusos de poder del rey Jorge III y, en base a este razonamiento declararse «States» soberanos e independientes de la Corona inglesa. En este contexto los nuevos estados norteamericanos, que nacían «oficiosamente» el 4 de julio de 1776 con su recién estrenada *Declaración de Independencia*, difícilmente podrían plantearse otra cosa que no fuera su propia supervivencia y la de sus ciudadanos. De ahí que este documento proclame «la vida» (propia y ajena) como el primer derecho inalienable de hombre. Sería lógico pensar que «la libertad», el segundo de los derechos, tiene implicaciones no sólo políticas sino existenciales y que, por tanto, en aras de este derecho natural, el hombre es éticamente libre para quitarse la vida si así lo desea. Sin embargo, teniendo en cuenta la ideología que alienta la *Declaración*, esta interpretación está fuera de lugar. Recordemos que los tres derechos inalienables (vida, libertad y búsqueda de la felicidad) recogidos en este texto histórico se inspiran, a su vez, en los derechos naturales del hombre formulados por John Locke en *The Second Treatise of Civil Government* (1690). Este tratado deja bien claro lo que ha de entenderse por «libertad» y así lo interpretaron los firmantes de la *Declaración*. Retomando los viejos argumentos tomistas, afirma el filósofo inglés: «But though this be a state of liberty, yet it is not a state of licence: though man in that state have [*sic*] an uncontrollable liberty to dispose of his person or possessions, yet *he has not liberty to destroy himself*» (énfasis agregado). No obstante, la realidad se impuso. Como reconoce el propio Jefferson en sus «Notes on Religion» (1776): «Las leyes existen para protegernos de otros individuos, no de nosotros mismos. Ni el mismo Dios salvará a los hombres en contra de su voluntad» (citado por Szasz 120). La convicción de que ni Dios, ni el Estado, ni el derecho penal pueden impedir, en última instancia, que un individuo opte por suicidarse propició que «by the later eighteenth century, jurisdictions from Massachusetts to Virginia, whether by statute or practice, had come to accept the notion that suicide was an act

⁹ La opinión de Jefferson expresa, casi en los mismos términos, los argumentos expuestos por Cesare Beccaria en su obra *De los delitos y las penas* (1764). En este breve, pero ampliamente difundido tratado, afirma el jurista italiano: «Quien se mata hace a la sociedad un mal menor que quien se sale de sus fronteras para siempre, porque aquél deja todos sus bienes, pero éste lleva consigo una parte de su patrimonio» (Beccaria 101).

whose commission was itself sufficient punishment» (Kushner 30).

En Europa, los planteamientos sobre el suicidio en las tres últimas décadas del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se cargan de nuevos significados como la rebeldía, el culto al amor o la sensibilidad romántica. La enorme repercusión que tiene el suicidio, en 1770, del joven poeta inglés Thomas Chatterton¹⁰ y la publicación en Alemania de *Las lamentaciones del joven Werther* en 1774 serán decisivas para encauzar este desplazamiento conceptual en el que cristalizará la teoría del suicidio romántico a escala internacional. Sin embargo, en los recién creados Estados Unidos, esta iniciativa estética e ideológica tropieza con la mentalidad que allí entonces predominaba. Como señala José Manuel Barrio: «Norteamérica a finales del siglo XVIII presentaba una predisposición nacional en la que la Razón y el sentido práctico gobernaban de forma rígida» (Barrio 70). Consecuentemente, las obras imaginativas (con o sin suicidas) se consideraban perniciosas para la educación de los hijos de la nueva nación y «anything having to do with the passions —from emotional or sensual experiences to attitudes connoting desire [...]— was condemned as base, beneath the dignity of humane and virtuous consideration» (Mulford xxii). Esta actitud —heredera aún del calvinismo—, junto a la Ley de Derechos de Autor de 1790,¹¹ complicó el nacimiento de una novela independiente de los modelos imitativos ingleses y, por ende, el tratamiento del suicidio desde una óptica literaria autóctona.

El utópico ideal post-revolucionario era convertir a Estados Unidos en una *commonwealth of virtue* y ello explica los muchos manuales de conducta que se publicaron en la época para inculcar la rectitud moral y el apropiado comportamiento social. Pero esta política educativa, en la que Benjamin Franklin participó activamente, no tardará en chocar con la realidad. El público en general y las lectoras en particular —cada vez más

¹⁰ Thomas Chatterton (1752-1770) está considerado el primer poeta suicida romántico y el más precoz falsificador de la historia de la literatura. Con tan sólo once años escribió la égloga «Eleonore y Jugu» en un antiguo pergamino e hizo creer a todos que su autor era Thomas Rowley, un desconocido monje medieval del siglo XV, cuyas obras pretendía haber descubierto. Desmascarada su osada treta, Chatterton dejó su Bristol natal y se trasladó a Londres, donde esperaba ganarse la vida como articulista. Sin embargo, ningún periódico aceptó sus contribuciones. Tras vivir unos meses en la más completa miseria, Chatterton se envenenó con arsénico en su tóbraga buhardilla de Londres antes de cumplir los dieciocho años de edad. Paradójicamente, su suicidio le dio la fama que tanto ansiaba y no pudo obtener en vida, pues sirvió para encumbrarlo como símbolo del genio romántico incomprendido. Coleridge, Keats, Shelley o Vigny lo ensalzaron y el pintor Henry Wallis lo inmortalizó en su lienzo *El suicidio de Chatterton* (1856).

¹¹ La tardía aparición de una novelística genuinamente norteamericana tiene mucho que ver con la Ley de Derechos de Autor de 1790. Esta ley, conocida como el *Copyright Act*, permitía a los editores norteamericanos publicar impunemente obras de autores extranjeros, principalmente ingleses, sin tener que abonar ningún canon por su reproducción. Sin embargo, según establecía el «National Copyright», los escritores norteamericanos sí debían percibir obligatoriamente sus correspondientes derechos de autor. Esta situación fue en detrimento de los novelistas autóctonos, ya que, para ahorrar gastos, las editoriales preferían publicar a autores ingleses ya consagrados (Samuel Richardson, Jane Austen o Walter Scott) antes que invertir en la, siempre más costosa e incierta, obra de los escritores nacionales.

ávidas de leer— solicitaban otro tipo de literatura menos normativa y más imaginativa. Esta demanda condicionó el mercado editorial, así como la temática de muchas de las obras que se escribirían en Norteamérica entre 1789 y 1865, y que tendrían como principal referente literario a Samuel Richardson. Las primeras novelas sentimentales de seducción, que continúan la tradición epistolar inaugurada por el autor de *Pamela* (1740) y *Clarissa* (1747-48) son *The Power of Sympathy* (1789) de William Hill Brown, *Charlotte Temple* (1791) de Susanna Rowson y *The Coquette* (1797) de Hannah Foster. Estas obras solían tener a mujeres como protagonistas, iban dirigidas a un público lector femenino y fueron publicadas mayoritariamente por escritoras, lo que supuso la llegada de la mujer al campo de la narrativa norteamericana. En un principio, los defensores a ultranza de la virtud¹² rechazaron este tipo de ficción porque incluía ingredientes escabrosos como seducciones, embarazos extramatrimoniales, pseudo-incestos o suicidios. Sin embargo, a la postre, si la novela sentimental prosperó desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XIX fue porque, además de entretener y venderse extraordinariamente bien, estas obras también proporcionaban lecciones morales por medio de lo que Elizabeth Barnes denomina el «negative example» (Barnes 608).

The Power of Sympathy: Or, The Triumph of Nature, Founded in Truth (1789) de William Hill Brown¹³ está considerada la primera novela norteamericana y es también el primer texto narrativo autóctono en el que encontramos personajes suicidas. Resulta, por tanto, pertinente hacer algunas consideraciones sobre esta obra que, por otra parte, sentará las bases para el fecundo desarrollo de la ficción sentimental en Norteamérica. Publicada el mismo año en que entra en vigor la Constitución Federal, *The Power of Sympathy* está dirigido a «the Young Ladies of United Columbia» [i. e. Estados Unidos] con el propósito didáctico de ilustrar, como anuncia su prefacio, «the dangerous consequences of seduction» y «the advantages of female education». Si la intención moralizante de la novela de Brown es obvia desde un principio, no lo es menos su tono sentimental y su contenido melodramático, que se articula a través de la correspondencia que se intercambian los cinco personajes centrales: Thomas Harrington, su hermana

¹² Carla Mulford cita dos ejemplos ilustrativos de esta actitud ultraconservadora en su introducción a *The Power of Sympathy*. El primero reproduce las palabras de Enos Hitchcock, pastor de la iglesia de Rhode Island que en 1790 declara: «The free access which many people have to romances, novels and plays has poisoned the mind and corrupted the morals of many a promising youth; and prevented others from improving their minds in useful knowledge» (Mulford xlviii). El segundo ejemplo proviene del editor del semanario *Week Magazine* que en 1798 escribía: «Novels not only pollute the imaginations of young women, but likewise give them false ideas of life, which too often make them act improperly» (Mulford xix).

¹³ La autoría de esta obra —cuya primera edición se publicó en Boston, de forma anónima y en dos pequeños volúmenes— se asoció en un principio a la poeta bostoniana Sarah (Apthorp) Morton y sólo se comprobó que su autor era William Hill Brown cuando su sobrina presentó pruebas irrefutables a finales del siglo XIX. La confusión ocurrió porque «some readers associated Morton, who was well known for his literary ability in her own day, with the episode concerning Ophelia in Brown's novels» (Mulford xxxviii). Véase nota 14.

Myra, Harriot Fawcet (amiga de Myra), Jack Worthy (amigo de Thomas) y Mrs. Eliza Holmes (viuda y amiga común del resto de los personajes).

La trama principal de *The Power of Sympathy* desarrolla dos relaciones sentimentales paralelas, las que mantienen por un lado Thomas y Harriot, y por otro Worthy y Myra. Sin embargo, el énfasis recae en la tormentosa relación amorosa de la primera pareja, que llega a su punto más conflictivo cuando Thomas decide contraer matrimonio y su padre (el honorable Mr. Harrington) se opone a dicho enlace alegando la juventud de los novios. Pronto descubrimos el motivo real de esta oposición paterna: Harriot no es la muchacha huérfana que parece ser, sino la hija ilegítima de Mr. Harrington y una mujer llamada Maria Fawcet. En otras palabras, Harriot y Thomas son hermanastros. Esta circunstancia imposibilitará su «incestuoso» amor (aunque nunca llega a consumarse sexualmente) y hará culminar en tragedia la obra. Harriot languidecerá de amor hasta la muerte y Thomas, al saberlo, se suicidará disparándose un tiro en la cabeza. Al lado del cuerpo sin vida de Thomas, su amigo Worthy encontrará un ejemplar de *Las lamentaciones del joven Werther* y también una carta dirigida a él. En ella expresa su profunda desesperación por la pérdida de Harriot, declara que prefiere morir antes que vivir sin ella y le pide encarecidamente ser enterrado junto a su amada. Así lo hará Worthy: «The jury which sat upon the body of our friend, after mature consideration, brought in their verdict SUICIDE. The rigour of the law was not executed—the body was privately taken away, and I saw it deposited by the side of his faithful Harriot» (William Hill Brown 102). En su carta, Thomas también expresa su deseo de que un poema suyo sea inscrito en el monumento funerario que compartirá con su amada. Esta composición elegíaca, con la que concluye la novela, «contains the story of our unfortunate friends» —según Worthy— y su enseñanza moral sería ésta: «Sympathy [i. e. sentimiento] unites, whom Fate divides» (William Hill Brown 102).

La historia de Thomas y Harriot se amplía temáticamente con tres subtramas en las que también hay suicidios. La primera se centra en Ophelia, quien, tras ser seducida por el marido de su hermana, concibe un hijo. Esta transgresión moral y familiar, junto al sentimiento de culpa, sumen a Ophelia en una profunda melancolía que trastorna su juicio («her conduct bordered upon insanity», William Hill Brown 40) y finalmente la conducen, como a su homónima shakesperiana, al suicidio.¹⁴ El frontispicio de la primera edición de la novela de William Hill Brown plasma este trágico momento mostrando a Ophelia, tras ingerir el mortal veneno de la copa, con la mirada elevada al

¹⁴ La historia de Ophelia está inspirada en un caso real ampliamente divulgado por la prensa de la época y relacionado con Sarah (Apthorpe) Morton, de ahí que se pensase en ella como la autora de *The Power of Sympathy*. El episodio al que nos referimos ocurrió cuando Perez Morton, el marido de la poeta (camuflado bajo el nombre de Martin en la novela) sedujo a su cuñada, Fanny Apthorpe quedó embarazada, tuvo un hijo y se suicidó en Boston en 1788.

cielo —como pidiendo clemencia divina— mientras que, asida de la mano de su madre, y ante el estupor de su padre, exclama: «Let my crime be forgotten with my name. —O Fatal! Fatal Poison!» (William Hill Brown 40). La segunda historia intercalada narra el rapto de Fidelia por un rufián, justo antes de su proyectado matrimonio con el joven Henry. El resultado será trágico: su prometido se suicidará y Fidelia enloquecerá. Desconsolado por los acontecimientos, el anciano padre de Fidelia no dudará a la hora de interpretar la causa de tanta desdicha: «SEDUCTION is a crime that nothing can be said to palliate or excuse» (William Hill Brown 52). La tercera subtrama, y única que tiene una relación directa con la historia principal, concierne a Maria Fawcet, que se suicida cuando el padre de Thomas Harrington la abandona tras haberla dejado embarazada de Harriot. *The Power of Sympathy* también incluye una historia real, ocurrida en Massachusetts en 1788, que sirve como ilustración adicional de seducción y abandono. En ella se relata el dramático caso de Elizabeth Whitman, que, tras ser seducida por un desaprensivo vividor, muere de fiebre al poco de dar a luz a un hijo sin vida.

«Instruir deleitando» era el propósito principal de *The Power of Sympathy* y de las muchas novelas sentimentales que se publicaron en Norteamérica hasta mediados del siglo XIX. Estas obras combinaban morbosas escenas melodramáticas y virtuosas enseñanzas ejemplarizantes para las jóvenes lectoras norteamericanas. Ambos componentes contribuyeron de forma eficaz y paradójica a popularizar tanto los sentimientos y las relaciones ilícitas como los valores morales de la restrictiva sociedad de entonces. Como observa Carroll Smith-Rosenberg, «the seduction novel permits illicit liaisons to be vicariously enjoyed as well as vicariously punished» (Smith-Rosenberg 167). Pero, en todo caso, en la novela sentimental siempre se impone la ideología patriarcal basada en lo que Barbara Welter ha descrito como «The Cult of True Womanhood», cuyos pilares son la piedad, la pureza, la sumisión y la domesticidad. Sin estos atributos, «by which a woman judged herself and was judged by her husband, her neighbors, and society,» la mujer era «no woman at all, but a member of some lower order». Esta creencia, según Welter, convirtió a la «fallen woman» en un «fallen angel, unworthy of the celestial company of her sex.» No sorprende, pues, que la mujer en estas circunstancias considerara «Death Preferable to Loss of Innocence» (Welter 151-155). Por ello, la novela sentimental ensalza el matrimonio, la familia, la religión y la educación virtuosa de la mujer como antídotos contra los peligros de la seducción masculina y, cuando ésta se produce, castiga la pérdida de la inocencia con la demencia o el suicidio.

Sentimientos como el desengaño y los amores no correspondidos o imposibles son también los motivos que inducen a los personajes románticos europeos a languidecer de amor, perder la cordura y, en muchas ocasiones, a quitarse la vida. Sin embargo, hay un matiz diferenciador a tener en cuenta. Cuando los personajes de la novela sentimental norteamericana mueren de amor o se suicidan suelen hacerlo condenados por la

pluma mortífera de sus moralistas creadores y no tanto para inmortalizar su rebeldía frente al destino (aunque excepcionalmente en *The Power of Sympathy* Thomas proclama que «Independency of spirit is my motto» (95) y decida arrebatarse la vida emulando a Werther). Para encontrar en la novela norteamericana a un héroe que no muera por amor o por un sentimiento de culpabilidad habrá que esperar a que Herman Melville escriba su *Moby Dick* a mediados del siglo XIX, novela de la que hablaremos más adelante. Pero antes, y siguiendo el orden cronológico que nos hemos marcado, conviene examinar el tratamiento literario del suicidio en otra temprana novela post-revolucionaria. Nos referimos a *Wieland; or, The Transformation* (1798) de Charles Brockden Brown.

Esta obra, considerada la primera novela gótica norteamericana, transcurre en la Pensilvania rural de Mettingen «between the conclusion of the French and the beginning of the Revolutionary War» (Charles Brockden Brown 8). En ella, Clara Wieland relata en primera persona y de forma retrospectiva la trágica historia de su familia, que incluye la extraña muerte por combustión espontánea de su padre, el brutal asesinato de su cuñada y sobrinos y el suicidio de su hermano Theodore, protagonista de la narración. Como anticipa el subtítulo, la trama principal se centra en la transformación social y psicológica que sufre Theodore Wieland al oír extrañas voces que él atribuye a Dios, pero que en realidad tienen su origen en el ventrilocuismo practicado por un misterioso personaje llamado Francis Carwin. Guiado por estas voces que parecen proceder del cielo y exigen su inquebrantable cumplimiento, Wieland se convierte —al igual que su padre— en un fanático religioso que, en sus «insane perceptions,» asesinará a su esposa e hijos. Aunque Carwin presenta todos los rasgos negativos del villano, sus diabólicos motivos para atormentar la mente de Wieland nunca quedan claros en la obra.¹⁵ No menos inconsistente resulta que este malévolo personaje se humanice al final de la novela evitando *in extremis* que Wieland —fugado de la cárcel— consume el asesinato de su hermana Clara. Lo evitará empleando de nuevo su extraordinario talento como «biloquist» y persuadiendo a Wieland con estas palabras: «Man of errors! Cease to cherish thy delusions; not heaven or hell, but thy senses, have misled thee to commit these acts. Shake off thy frenzy, and ascend into rational and human. Be lunatic no longer» (Charles Brockden Brown 259).

La reacción del protagonista es inmediata: «Wieland was transformed at once into

¹⁵ Consciente de que el personaje de Carwin y sus motivaciones requerían un mayor desarrollo, el autor comenzó una secuela a *Wieland* con Carwin como personaje central, pero nunca la terminó. No obstante, en 1803 publicó un fragmento titulado *Memoirs of Carwin, The Biloquist*, que lo presenta como un marginado social que guiado por un político radical llamado Ludloe viaja a Europa donde se asocia con la sociedad secreta de los Iluminados y, más tarde, regresa a América donde presumiblemente entra en contacto con la familia Wieland.

the *man of sorrows*» (Charles Brockden Brown 260). Este estado anímico le llevará a quitarse la vida con el mismo cuchillo con el que se proponía dar muerte a su hermana. Su melodramático suicidio se describe así:

A beam appeared to be darted into his mind which gave a purpose to his efforts. An avenue to escape presented itself; and now he eagerly gazed about him. When my thoughts became engaged by his demeanour, my fingers were stretched as by a mechanical force, and the knife, no longer heeded or of use, escaped from my grasp and fell unperceived on the floor. His eye now lighted upon it; he seized it with the quickness of thought.

I shrieked aloud, but it was too late. He plunged it to the hilt in his neck; and his life instantly escaped with the stream that gushed from the wound. He was stretched at my feet; and my hands were sprinkled with his blood as he fell (Charles Brockden Brown 261).

Para la composición de *Wieland*, el autor se inspiró en un caso real, que en su momento tuvo una gran repercusión y al que alude en el prefacio de su obra, cuando señala que «most readers will probably recollect an authentic case, remarkably similar to that of *Wieland*» (Charles Brockden Brown 8). El caso no es otro que el de un apacible granjero (James Yates) de Tomhannock, Nueva York, que en diciembre de 1781 tuvo una revelación «celestial» mientras leía la Biblia. Influidor por esta experiencia religiosa, que le exigía el sacrificio de su familia, Yates asesinó brutalmente a su esposa y cuatro hijos con un hacha. Aparte de ser la génesis argumental de *Wieland*, Brown posiblemente se refiere al caso Yates en su prefacio para dotar de credibilidad el insólito comportamiento de su protagonista, cuya «exposure to an unexplainable phenomenon “transforms” him from a theoretical defender of religion into a fanatic like his father, and then into a madman and murderer» (Elliott xxi). Sin embargo, el fracaso que cosechó Charles Brockden Brown con esta obra parece indicar que la mentalidad de la época era todavía demasiado racional y científica para los recursos góticos (combustión espontánea, ventrilocuismo, mesmerismo, parricidio) que el autor incorpora en *Wieland*. Con todo y ello, esta novela es relevante dentro del contexto literario norteamericano, ya que —aunque influida por el modelo gótico inglés— su autor supo dotarla de significantes implicaciones psicológicas (ausentes en el goticismo europeo) que, años más tarde, Edgar Allan Poe llevaría a sus últimas consecuencias en sus relatos.

Wieland puede considerarse también pionera en lo que respecta al tratamiento literario del suicidio al plantear de forma novedosa que la enajenación mental del protagonista, el asesinato de su familia y su posterior suicidio no tienen ya su origen en Satán sino en el fanatismo religioso.¹⁶ Ciertamente Carwin juega un papel «diabólico»

¹⁶ Alan Axelrod sugiere que las nefastas consecuencias que ocasiona el fanatismo religioso de *Wieland* revela la actitud crítica del autor hacia un movimiento evangélico de inspiración calvinista que surgió con

en la trama y su labor manipuladora como «double-tongued deceiver» tiene mucho que ver con la crisis de identidad de Wieland, pero el autor deja claro que la semilla que propicia la tragedia es el demencial fanatismo calvinista que el protagonista hereda de su padre. En este sentido, la novela de Charles Brockden Brown parece confirmar la opinión de Alexis de Tocqueville, quien asegura que «religious insanity is very common in the United States (Tocqueville 142).

Según la clasificación tipológica de Durkheim,¹⁷ el suicidio de Wieland sería de naturaleza anómica y el de Thomas Harrington (*The Power of Sympathy*) egoísta. Sin embargo, el comportamiento psíquico de ambos es similar, pues dirigen su rabia homicida hacia ellos mismos como resultado de una crisis emocional causada por la pérdida de seres queridos. Esta experiencia traumática —obviamente mayor en el caso de Wieland, al ser el autor material del brutal asesinato de su familia— les hace caer en un estado melancólico-depresivo donde, según Freud, se abandona «el instinto que fuerza a todo lo animado a mantenerse en vida» (Freud, 2002, 235). No obstante, mientras que el suicidio del protagonista de *The Power of Sympathy* —como el de Werther— es consecuencia de su desmesurada sensibilidad y del hastío que le produce vivir sin su amada, el de Wieland funciona como un mecanismo de autocastigo derivado de la culpa.

La transformación psicológica de Wieland —aunque negativa en su caso— simboliza, de algún modo, la propia transformación que experimentará el debate sobre el suicidio a lo largo del siglo XIX, cuando el autoasesinato deja de ser pecado y crimen para convertirse en enfermedad mental (Szasz 70-82). La convicción de que el demente y el suicida frustrado son enfermos que pueden ser tratados conduce a la «medicalización del suicidio» y al nacimiento de la psiquiatría. Este proceso culminará en Estados Unidos en 1844 con la creación de la «Association of Medical Superintendents of American Institutions for the Insane» y la publicación del *American Journal of Insanity*, donde se recoge por primera vez una estadística anual del número de suicidios en el estado de Nueva York. Apoyándose en un método estadístico-sociológico, similar al que Émile Durkheim emplearía años más tarde, esta revista médica concluye en su volumen de 1845 que «although suicides were alarmingly frequent in the United States as a whole, in cities suicide had reached epidemic proportions» (citado por Kushner 42).

Este preocupante aumento en la tasa de suicidios quedará plasmado en la novela

fuerza en las colonias durante la década de 1740 (Axelrod 66-68). Este movimiento, conocido como el «Great Awakening» (Gran Despertar) y cuyo representante teórico más importante fue el reverendo Jonathan Edwards, buscaba un calculado impacto emocional en sus feligreses por medio de terroríficos sermones apocalípticos.

¹⁷ En *El Suicidio. Estudio de Sociología* (1897) Émile Durkheim distingue cuatro tipos de suicidios: el *egoísta* —que se da en aquellos individuos débilmente integrados en su grupo social—, el *altruista* —en aquellos excesivamente integrados en un grupo que adolece de individualización entre sus miembros, el *anómico* —aquellos con una integración distorsionada en el grupo— y el *fatalista* —resultante de una reglamentación excesiva, que termina aplastando a estos individuos.

naturalista que florece en Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX; etapa literaria ésta donde proliferan personajes suicidas como Maggie (*Maggie*, 1893), Edna Pontellier (*The Awakening*, 1899), George Hurstwood (*Sister Carrie*, 1900), Lily Bart (*The House of Mirth*, 1905) o Martin Eden (*Martin Eden*, 1909). Sin embargo, como señalábamos al principio de este artículo, sorprende la escasa nómina de suicidios en la narrativa norteamericana durante el período romántico que, *grosso modo*, abarca desde 1830 a 1860. Un factor que bien pudo condicionar la poca incidencia que tuvo el suicidio como tema o motivo literario fue la enorme repercusión que tuvo el trascendentalismo en la mentalidad cultural y literaria norteamericana.

El trascendentalismo —que tuvo en Ralph Waldo Emerson a su más destacado teórico, en David Henry Thoreau y Walt Whitman a sus dos principales aliados literarios y en los paisajes de los pintores de la *Hudson River School* su mejor expresión plástica— puede considerarse una variante autóctona del romanticismo europeo que germina en Nueva Inglaterra en la década de 1830 y se desarrolla con pujanza hasta mediados del siglo XIX. Influido por la filosofía idealista de Kant, el romanticismo inglés (Wordsworth, Coleridge, Carlyle), el neoplatonismo, la teosofía de Swedenborg y el misticismo oriental, los pilares ideológicos del trascendentalismo (la unidad de toda la Creación, la bondad innata del hombre y la supremacía de la intuición sobre la lógica o la experiencia para trascender la realidad material) ciertamente tienen mucho en común con el romanticismo, pero también se distancia de éste en otros aspectos esenciales. Como observa José Manuel Barrio:

Los rasgos comunes que compartieron ambas corrientes fueron: su sentido de rebeldía, su oposición al racionalismo, al materialismo y al conformismo social, su amor por la naturaleza —considerada como suprema fuente de inspiración y espiritualidad—, la potenciación de los valores individuales y las manifestaciones propias del sentimiento, así como el concepto estético de la belleza como sinónimo de verdad y la idea roussoniana del buen y noble salvaje. Por el contrario, las diferencias fundamentales radican, por parte de los trascendentalistas, en el rechazo al goticismo, al simbolismo oscurantista, a la melancolía y al pensamiento que envuelven el alma romántica, a lo mórbido, a lo trágico, a las complejidades psicológicas del «yo» y las consecuencias inevitables de la existencia del mal, aspectos todos ellos que no tienen cabida dentro del optimismo emersoniano (Barrio 91-92).

Nathaniel Hawthorne y Herman Melville —dos de las figuras literarias claves del período romántico norteamericano— se apartaron de la concepción utópica e idílica que postulaba el trascendentalismo y recrearon en su prosa mundos inquietantes, tenebrosos y perturbadores. En su producción literaria, al igual que en la de Edgar Allan Poe, a menudo encontramos personajes enfermos, solitarios o alienados (piénsese en Hester, Ahab o Roderick Usher) a través de los cuales se exploran temas como el sufrimiento físico y psicológico y, en última instancia, la muerte en vida. Sin embargo, en las páginas de estos sombríos escritores el tratamiento explícito del suicidio suele obviarse

o, en todo caso, se presenta como una posibilidad envuelta en el halo de la ambigüedad. Este es el caso de William Wilson, el narrador asesino/suicida del relato de Poe; de Zenobia, en *The Blithedale Romance* de Hawthorne; o de Bartleby, en la obra homónima de Melville. La incertidumbre que rodea la muerte de estos personajes, aparte de ser una estrategia narrativa, también sugiere la influencia que tuvo el optimismo emersoniano en la obra de Hawthorne y Melville. Después de todo, ambos coquetearon durante un tiempo con el movimiento trascendentalista. Otro factor externo, que también pudo contribuir a la escasa representación literaria del suicidio, sería el espíritu de euforia que generó en estos años la vigorosa expansión económica, demográfica y territorial del país que abría «infinitas posibilidades de futuro» para sus ciudadanos. Baste recordar que

[e]ntre 1815 y 1860, los Estados Unidos cambiaron más deprisa y completamente que en los dos siglos anteriores o en cualquier otro periodo posterior. La población continuó doblándose más o menos cada veinticinco años y en 1860 pasaba de los treinta y un millones y era superior a la del Reino Unido. Los límites del país se extendieron hasta el Pacífico, el área colonizada se duplicó y el número de estados aumentó de dieciocho a treinta y tres. Al mismo tiempo, una economía capitalista y comercial en rápido desarrollo reemplazó a la sociedad agraria más simplista de los tiempos de Jefferson. Hubo imponentes mejoras en el transporte y la comunicación, floreció el comercio exterior, las ciudades progresaron y la inmigración llegó a colas nunca soñadas (Jones 109).

En este contexto histórico-literario que venimos describiendo, *Moby Dick* (1851) representa hasta cierto punto una excepción, pues a pesar de que su autor nunca explicita que la muerte de Ahab sea un acto suicida, «técnicamente» puede interpretarse así, dado que el capitán del *Pequod* no duda en sacrificar su propia vida y la de su incondicional tripulación movido por su irracional sed de venganza hacia Moby Dick.

La sexta novela de Herman Melville narra de forma retrospectiva las experiencias de Ishmael a bordo del *Pequod*, barco ballenero a las órdenes de Ahab. El capitán es un veterano marino de cincuenta y ocho años al que le falta una pierna desde que una ballena albina, llamada Moby Dick, se la arrancó de cuajo en un viaje anterior. Desde aquel fatídico día, el capitán siente una enfermiza obsesión por este cetáceo al que ha jurado matar para aplacar su incontenible rencor. Al poco de zarpar el *Pequod*, Ahab convence a la tripulación para que lo ayude en su propósito, ofreciendo un doblón de oro a quien primero otee la temible ballena. Así comienza la denodada búsqueda de Moby Dick por los océanos del mundo, búsqueda que adquiere proporciones religiosas, míticas, épicas y metafísicas, y en la que distintos presagios auguran que éste será un viaje maldito. A medida que avanzan travesía y novela, Ahab llega al convencimiento de que Moby Dick no es una simple criatura instintiva, como quiere hacerle creer su primer oficial, sino que encierra en su indescifrable inescrutabilidad el misterio de todas las cosas. Ese enigma, ese «ungraspable phantom of life» que representa para él la ballena, lo tortura tanto como su mutilación, y cree que destruyéndola accederá a ese

conocimiento absoluto que Dios le niega. La desafiante soberbia de Ahab («I'd strike the sun if it insulted me», Melville 167) lo transformará en una figura satánica. Como él mismo reconoce: «I'm demonic, I am madness maddened!» (Melville 171). Este enloquecido y blasfemo comportamiento del capitán culminará al final del capítulo 113 cuando temple el arpón especial destinado a matar a Moby Dick con la sangre de sus tres arponeros paganos y bautice el acero con estas sacrílegas palabras: «Ego non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli!» (Melville 462). Poco después destrozará el cuadrante porque, en su opinión, este instrumento de navegación es incapaz de indicarle la ubicación exacta de la ballena. Starbuck intentará varias veces persuadir al capitán de la locura que supone perseguir a la ballena blanca, pero la voluntad de Ahab es inquebrantable. Finalmente el *Pequod* divisa a Moby Dick en aguas del mar de China y, después de tres días de implacable caza, se produce el trágico desenlace. El feroz ataque de la ballena hunde el casco del barco y toda la tripulación perece en el naufragio, excepto Ishmael, que, como nos informa en el epílogo, sobrevive para narrar esta historia. Irónico final, sin duda, el que le reserva Melville a su narrador, pues Ishmael —que al principio de la novela decide hacerse a la mar para aplacar sus melancólicos impulsos suicidas— salva su vida aferrándose a un símbolo de muerte —el ataúd que su amigo Queequeg se hizo construir en el capítulo 110—, hasta que es finalmente rescatado por el *Rachel*, «that in her retracing search after her missing children, only found another orphan» (Melville 536).

En su *Introducción al narcisismo* (1914) Freud señala una interesante correlación entre padecimiento físico y narcisismo. Afirma el padre del psicoanálisis que «el individuo aquejado de un dolor o un malestar orgánico cesa de interesarse por el mundo exterior en cuanto que no tiene relación con su dolencia» y «retira de sus objetos eróticos el interés libidinoso, cesando así de amar mientras sufre» (Freud, 1997, 16-17). En otras palabras, los individuos que sufren un dolor crónico a menudo son egocéntricos porque su sufrimiento les impide amar a nadie que no sean ellos mismos. Más de medio siglo antes de que Freud formulara esta teoría, Melville ya exploró esta íntima relación psicósomática a través de la figura del capitán Ahab, cuyo agudo padecimiento físico nubla su razón llevándolo de la egolatría a la monomanía obsesiva y, de ahí, al desinterés por todo lo que no sea dar muerte a la gran ballena blanca.

Desde un primer momento, la apariencia externa de Ahab refleja su estado psicológico. En el capítulo 28 se describe la gran cicatriz longitudinal que divide el cuerpo del capitán en dos mitades. La tripulación ignora si es «marca de nacimiento» o resultado de «una lucha con los elementos del mar» pero, en cualquier caso, es revelador que la cicatriz separe el lado izquierdo y derecho de su cuerpo. Como señala Edward F. Edinger: «Since right and left symbolize the conscious and unconscious aspects of the psyche respectively, the implication would be that Ahab has an innate personality defect

hich tends to dissociate consciousness from the unconscious—his madness, of course, so demonstrate it» (Edinger 58).

El capitán tiene otra herida, otra marca aún más profunda que esta cicatriz: su pierna mutilada. Esta mutilación será el detonante de su odio visceral hacia la ballena. Como nos recuerda Ishmael en el capítulo 41: «ever since that almost fatal encounter, Ahab had cherished a wild vindictiveness against the whale, all the more fell for that in his antic morbidity he at last came to identify with him, not only his bodily woes, but all his intellectual and spiritual exasperations» (Melville 185). Según John Bryant, la pérdida de la pierna es una manifestación (real o simbólica) de su castración o impotencia sexual y evoca también la esterilidad afectiva que le produjo quedar huérfano a la temprana edad de un año (Bryant 79). De ser así, el trauma de Ahab no sería sólo físico sino también sexual y emocional. En todo caso, parece evidente que su cuerpo herido, así como la pierna postiza que a duras penas lo sostiene, sugieren la inestabilidad psicológica del protagonista. Su maltrecho cuerpo funciona, así, como metáfora de su esgarrada psique que lo empuja inexorablemente a encontrar a quien tanto daño le hizo. Esta obsesiva necesidad hace que Ahab deje de ser un «self-made man», un ser autónomo e independiente, para convertirse en un «whale-made man», un ser híbrido que lleva a la ballena dentro de su propio cuerpo. El color blanco que distingue tanto a Moby Dick como a la pierna marfileña del capitán, y el hecho de que Ahab muera a manos de la ballena, estrangulado con la estacha de su arpón, confirman el estrecho lazo entre ambos.

Otro rasgo físico que define al capitán es su corpulencia. Su imponente presencia se describe en estos términos: «His whole high, broad form seemed made of solid bronze, and shaped in an unalterable mould, like Cellini's cast Perseus» (Melville 129). Su aspecto exterior, de nuevo, refleja su naturaleza interior. Ahab, a pesar de su cojera y su cicatriz, no arrastra ningún complejo de inferioridad. Todo lo contrario. Su épico porte pone de manifiesto su carácter decidido, orgulloso y soberbio. Peleg, uno de los propietarios del *Pequod*, lo confirma al llamarlo «a grand, ungodly, god-like man» (Melville 92). Ahab es efectivamente grandioso, por su formidable físico y probada experiencia como marino; blasfemo porque se demoniza y sólo idolatra su voluntad; y es ser endiosado, porque su titánica lucha contra las fuerzas de la naturaleza lo elevan por encima del común de los mortales. Estos atributos le permiten gobernar su barco, un microcosmos formado por treinta hombres de todas las razas y nacionalidades, con la firmeza y autoridad de un tiránico monarca. Pero si el capitán posee fortaleza física y determinación, le falta sensatez. Como nos corrobora Ishmael: «Ahab, never thinks; he only feels, feels» (Melville 525). Asimismo, su irrefrenable deseo por aniquilar a la ballena blanca lo ciega hasta tal punto que lo transforma en un ser insolidario y egocéntrico. Prueba de ello es su inclemente negativa a participar en la búsqueda del hijo del

capitán Gardiner, pues ello retrasaría su vengativo propósito. Esta misma monomanía arrastrará finalmente a Ahab y a su tripulación al fondo del mar.

Ahora bien, aunque ciertamente la muerte del capitán puede explicarse como resultado de la desigual fuerza de ambos adversarios, también es posible interpretarla como un acto deliberado, aunque textualmente velado, de poner fin a su agudo y prolongado sufrimiento psicossomático. Interpretado de este modo, como aquí sugerimos, la muerte de Ahab sería una muerte buscada y, al igual que en el caso de Wieland, propiciada por su vesánico fanatismo. De hecho, John T. Matteson llega incluso a afirmar que «the voyage of the *Pequod* is nothing more than Ahab's elaborately conceived suicide» (Matteson 107). Sea como sea, la ambigüedad con la que Melville trata el trágico final de su héroe no debería sorprendernos, pues «[e]l suicidio es, al fin y al cabo, uno de los actos humanos más ambivalentes, que combina actividad y pasividad, supone la decisión de no volver a decidir nunca más, y en el que el yo se afirma mediante su propia aniquilación» (González Groba 86-87). En *Pierre; or The Ambiguities* (1852) Melville será más explícito y hará culminar esta obra de corte romántico en los melodramáticos suicidios de su protagonista y su supuesta hermana Isabel, desesperados ambos por la imposibilidad de sus incestuosos amores. No obstante, el autor sigue el mismo esquema básico de la novela sentimental y no aporta novedades en lo que se refiere al tratamiento del suicidio. Estos nuevos planteamientos sobre el fenómeno de la muerte voluntaria y su recreación literaria llegarían a Estados Unidos, concluida la Guerra Civil (1861-65), de la mano del naturalismo y, a partir de entonces, irán evolucionando a lo largo de todo el siglo XX.

Sin embargo, a través de la panorámica cronológica que hemos esbozado aquí, se evidencia que el suicidio no encontró fácil acomodo en la narrativa norteamericana entre 1775-1850 debido a numerosos y complejos factores de toda índole que frenaron su reflejo literario. Entre ellos cabe destacar: la influencia calvinista, el derecho inalienable a «la vida» que proclamaba la *Declaración de Independencia* (1776), la Ley de Derechos de Autor de 1790 que retrasó el nacimiento de una literatura autóctona, el ideal post-revolucionario de hacer de Norteamérica una *commonwealth of virtue* basada en el decoroso comportamiento personal y social y, ya a mediados del siglo XIX, la enorme repercusión del trascendentalismo y el espíritu no menos optimista que trajo consigo la política expansionista inspirada en la filosofía del Destino Manifiesto. Con todo y ello, *The Power of Sympathy*, *Wieland* y *Moby Dick* sirvieron —cada una en su tiempo y modo— para plantear, bien en tono melodramático, gótico o trágico, el que en opinión de Albert Camus es el único problema filosófico realmente serio: el suicidio (Camus 13).

BIBLIOGRAFÍA

- LVAREZ, AI, *El dios salvaje*, Emecé, Barcelona, 2003.
- XELROD, Alan, *Charles Brockden Brown: An American Tale*, University of Texas Press, Austin, 1983.
- ARNES, Elizabeth, «Affecting Relations: Pedagogy, Patriarchy, and the Politics of Sympathy», *American Literary History*, vol. 8, n° 4 (Winter 1996), pp. 597-614.
- ARRIO MARCO, José Manuel, «La novela norteamericana desde sus orígenes hasta la Guerra Civil», ed. José Antonio Gurpegui Palacios, *Historia crítica de la novela norteamericana*, Almar, Salamanca, 2001, pp. 65-127.
- ECCARIA, Cesare, *De los delitos y las penas*, Folio, Barcelona, 2002.
- RADFORD, William, *Of Plymouth Plantation, 1620-1647*, ed. Samuel Eliot Morison, Knopf, New York, 1979.
- ROWN, Charles Brockden, *Wieland; or The Transformation and Memoirs of Carwin, the Biloquist*, ed. Emory Elliott, Oxford University Press, Oxford, 1994.
- ROWN, William Hil., *The Power of Sympathy*, ed. Carla Mulford, Penguin, New York, 1996.
- RYANT, John, «*Moby Dick* as Revolution», ed. Robert S. Levine, *The Cambridge Companion to Herman Melville*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 65-90.
- 'AMUS, Albert, *El mito de Sísifo*, Alianza, Madrid, 1999.
- MURKHEIM, Émile, *El suicidio. Estudio de Sociología*, Losada, Madrid, 2004.
- DINGER, Edward F., *Melville's Moby Dick: An American Nekya*, Inner City, Toronto, 1995.
- REUD, Sigmund, «La aflicción y la melancolía», *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 2002.
- REUD, Sigmund, *Introducción al narcisismo y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 1997.
- IONZÁLEZ GROBA, Constante (editor), *The Awakening (El despertar)*, Ediciones Colegio de España, Salamanca, 1997.
- ONES, Maldwyn A., *Historia de Estados Unidos, 1607-1992*, Cátedra, Madrid, 1996.
- UPPERMAN, Karen Ordahl, «Apathy and Death in Early Jamestown», *The Journal of American History*, vol. 66, n° 1 (June 1979), pp. 24-40.
- USHNER, Howard I., *American Suicide: A Psychocultural Exploration*, Rutgers University Press, New Brunswick and London, 1991.
- OCKE, John, *The Second Treatise of Civil Government*, <http://www.constitution.org/-j/2ndtreat.htm> (consultado el 8 de junio de 2006).
- MATTESON, John T., «The Little Lower: Anxiety and the Courage to Be in *Moby Dick*»,

Harvard Theological Review, vol. 81, nº 1 (1988), pp. 97-116.

MELVILLE, Herman, *Moby Dick*, Penguin, Harmondsworth, 1992.

MINOIS, George, *History of Suicide: Voluntary Death in Western Culture*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 2001.

PENN, William, *Pennsylvania Charter of Privileges*, <http://www.constitution.org/bcp/penncharpriv.htm> (consultado el 8 de junio de 2006).

ROWLANDSON, Mary, *The Sovereignty and Goodness of God*, ed. Neil Salisbury, Bedford/St. Martin's, Boston and New York, 1997.

SMITH-ROSENBERG, Carroll, «Domesticating 'Virtue': Coquettes and Revolutionaries in Young America», ed. Elaine Scarry, *Literature and the Body: Essays on Populations and Persons*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988, pp. 160-184.

SZASZ, Thomas, *Libertad fatal. Ética y política del suicidio*, Paidós, Barcelona, 2002.

TOCQUEVILLE, Alexis de, *Democracy in America*, vol. 2, Vintage, New York, 1945.

WATT, Jeffrey R., «Calvin on Suicide», *Church History*, vol. 66, nº 3 (Sept. 1997), pp. 463-476.

WELTER, Barbara, «The Cult of Womanhood: 1820-1860», *American Quarterly*, vol. 18, nº 2 (Summer 1966), pp. 151-174.